

á un requiebro destinado para Cinthia ó Lesbía que á una Ave-María ó á una Salve. Las bufonadas se mezclaban á la fiesta, las facezias grotescas á los versos académicos, y el público reía á los dardos arrojados contra los magistrados y gobernadores de la República. Pero la fiesta por excelencia era la procesion magnífica en que iban todos los magistrados de la Ciudad y todas las corporaciones oficiales ó extra-oficiales á la contemplacion y adoracion de la reliquia. Abrian la marcha niños á centenares vestidos de blanco y coronados de flores, agitando ramos de todas clases en sus manecitas, al compás de melodioso coro entonado por sus propias angelicales voces; seguian á los niños los frailes de todas las órdenes, unos con sus sayales blancos y otros con sus sayales azules, cubiertos estos de estameña parda y aquellos de capas negras que resaltaban sobre las túnicas albas, entonando todos salmodias ajustadas á las cadencias severas del canto llano; tras los monjes iban los clérigos de las diversas parroquias, con sus cruces, guiones, banderas, reliquias, precedidos de su respectiva orquesta y de sus sacristanes y monagos; tras el clero, veíanse los representantes de los diversos gremios, cada cual luciendo á porfía su trage de gala reservado para la fiesta y digno de la antigua Toscana por su mezcla de gusto y de riqueza; despues de los gremios y clases donde estaban representados así los menestrales como los nobles, andaban los magistrados en toda su severa majestad; y cerrando la marcha, las damas principales, entre las que lucía como la estrella vespertina en nuestros cielos la sin igual hermosura de Lucrecia. Unid á esto la inmensa multitud que se apiñaba por calles y plazas; los ecos de tantas voces como entonaban salmodias sagradas; el universal campaneó; los acordes suaves de los varios instrumentos; la alegre vista de las banderas y pendones, flotantes al aire; el relumbrar y relucir de las reliquias encerradas en relicarios de oro sembrados de pedrería; los aromas despedidos por los incensarios que llenaban de celestes nubes los aires y por las enramadas que cubrian de alfombras olorosas la tierra.

En aquella multitud habia cinco personas, sobre las cuales nos conviene llamar la atencion, cosa á la verdad bien difícil tratándose de tanta muchedumbre. Una era cierto bravo de esos que en Italia se mezclaban á todas las aventuras y á todas las guerras, y que atisbaba el paso de la procesion. Ni el historiador necesitará muchas palabras, ni el lector mucha adivinacion para entender ó hacer entender que aquel bravo tan receloso y atisbador, estaba allí apercebido á intentar un golpe de mano, y que el golpe de mano preconcebido y preparado era el rapto de Lucrecia. Los otros cuatro personajes ya los conocemos. Recatábanse tras la muchedumbre, y eran el escudero Gasparo, que sostenia del brazo al rico-hombre Guido, la dueña Brigida, que á su vez sostenia al caballero Butti. Amante y padre aprovechaban esta ocasion para ver sin ser vistos á la que debió endulzar y habia amargado sus almas. Y ni uno ni otro notaban el extraño personaje que iba,

venia, tornaba, dando vueltas y más vueltas en todas direcciones. Guido y Butti callaban, desgarrados sus corazones por los sentimientos que dispersaba la próxima venida de la amada jóven; ocupadas sus inteligencias por ideas y recuerdos; convertidos los ojos hácia la procesion, que tardaba mucho en pasar, y que avivaba con su tardanza la natural impaciencia de sus ánimos. Brigida hablaba que se las pelaba del ramo de locura hereditario en los Buttis, y demostrado por aquella manía incomprendible de su pupila en preferir el claustro, donde ni siquiera se atreviera á entrar para siempre, al matrimonio roto en la hora suprema de prestar el debido juramento. Gasparo hablaba de todo y lo relacionaba con sus recuerdos históricos y su erudicion riquísima. A propósito de cada cosa que se le presentaba, referia un caso, importándole poco que fuera verdadero ó falso. Comentando la devocion de los pratenses á la cintura santa, referia que los catalanes adoraban tanto á San Romualdo vivo, que, como en cierta ocasion quisiera largarse de Cataluña, intentaron matarlo para repartirse sus despojos en sagradas reliquias. A propósito de la ternura de Guido lo comparaba, aunque impropriamente, con aquel Marco Lépido de quien hablaba Plinio en su Historia Natural y que murió de pasion por su esposa Apuleya despues de haberla repudiado. Tras esto decia que cierta cortesana daba un medio seguro de curar las tentaciones; rendirse á ellas. Despues de esto convertíase á las excursiones políticas y disertaba largamente sobre el tema de la tiranía. Contaba, pues, que Thales tenia por la cosa más extraña del mundo un tirano viejo, y referia, citando la vida de Dion por Plutarco, que Dionisyo el tirano mató á su amigo Marsyas porque soñara que le habia asesinado, y prohibia á su peluquero que entrara con tigras en su presencia, y á sus propios hijos los hacia desnudar á la puerta de su cámara para cerciorarse de que no llevaban ningun arma oculta. Y en estas y otras cosas entretenia el tiempo, sin que para nada le interrumpiesen ni dijeran cosa alguna sus dos oyentes principales absortos en más profundas ideas.

Al acabar Gasparo estas reflexiones, la parte de procesion donde iba Lucrecia se acercaba al sitio en que los cuatro interlocutores se reunieran. Era este sitio uno de los más apartados del centro y de los más vecinos á las afueras, porque la procesion recorria toda la ciudad en diversas direcciones. Estaba cerca de la puerta Mercatella, abierta en la muralla vecina del Bizenzio, paso á un formidable puente, defendido por los parapetos y por una alta y ceñuda fortaleza de bien almenadas cimas y bien difícil acceso. Si los interlocutores hubieran estado más en sí y menos pendientes de la próxima procesion, observarían que, al escudriñador de mala catadura pegado á ellos, se unian dos ó tres más de la misma facha. Y hubieran podido ver más, hubieran podido ver que en cercado cercano habia inquieto ginete, caballero en blanco y brioso caballo, aguardando impaciente una señal convenida. Pero ¿qué iban á notar cuando la procesion se aproximaba á toda prisa? Guido y

Butti se recataban, como hemos dicho, para ver sin ser vistos. Sus ojos saltaban de las órbitas, á impulsos de los amores que sentir debian ambos á dos, el uno como amante mal querido, y el otro como padre abandonado. Lucrecia se adelantaba acompañada del fraile Serafin, á cuyo cuidado la confiara la Abadesa, y que tenia además encargo de arreglar y ordenar la procesion pudiendo ir por donde le pluguiese. Y al llegar Lucrecia á la puerta Mercatella, suena un silbido. Y al eco del silbido, cuatro hombres, puñal en mano, se lanzan sobre la jóven y la asen fuertemente. Y al sentirse asi- da de tan inesperada manera, se desmaya, y al desmayarse, aparece un gine- te, vestido de calzas blancas y ropilla morada, con gorra negra y pluma blan- ca á la cabeza, cinto de oro cincelado al cuerpo, y un vistosísimo collar á la garganta, y que coge á la jóven, la coloca en la delantera sobre el arzon, y echa á correr por la puerta al campo con la rapidez del viento.

—Fra Filippo Lippi.

Clamó la multitud.

—¡Ay! Raptor..... robada.

Dijo Butti viendo desaparecer á su hija, y desplomándose en el suelo como si le hubieran clavado un puñal en mitad del corazon.

—Pícaro, tunante, ladron, mal fraile.

Gritó Brigida arrancándose las tocas en señal de desesperacion.

—Voy á destruirlos y perderlos.

Exclamó Guido relampagueando ira de sus ojos.

—Voy á salvarlos.

Añadió Serafin clavando en el cielo sus ojos arrasados de lágrimas.

¿Los perderá Guido ó los salvará Scrafin? Ya lo veremos en el próximo fin de nuestra historia.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

## INDICE

### DE LOS CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	PAGINAS.
CAPITULO I.—Resurrexit.....	3
” II.—Gloria y amor.....	17
” III.—El Concilio de Florencia.....	31
” IV.—Súplicas de un láico y escrúpulos de un Papa.....	46
” V.—O sea capítulo que podría tener, como las comedias antiguas, dos títulos: de la invencion de la pintura al óleo ó los ángeles endemoniados.....	63
” VI.—Veleidades artísticas.....	95
” VII.—El convento de Santa Margarita.....	112
” VIII.—Providenciales encuentros.....	127
” IX.—La aurora del amor.....	154
” X.—La Beatrice del pintor.....	170
” XI.—Un aquelarre.....	184
” XII.—La confesion.....	203
” XIII.—El rapto.....	219